

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

DIRECTORES

LITERARIO D. VALENTIN GOMEZ RELIGIOSO D. FRANCISCO CAMINERO
PROPIETARIO
JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Río de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.

BIENOTECOA
MUNICIPAL
MADRID

Madrid 21 de Octubre de 1878

NÚMERO 15

SUMARIO

TEXTO: Advertencia importante.—Nuestros grabados, por A.—

Revista de la semana, por
Uno de tantos.—Arqueo-
logía sagrada, por don
Juan Catalina García.—
Manzoni, por D. Eduardo
Zamoray Caballero.—La
primera Comunión (poe-
sía), por D. Javier Ugar-
te.—El castillo de terci-
pelo, novela de Paul Fé-
val, traducida por doña
Balbina Antúnez.—Ger-
trudis, cuento traducido
del francés por la señorita
R. U.—Movimiento reli-
gioso.—Mesa revuelta.—
Miscelánea.—Jeroglífico.
Anuncios.

GRABADOS: Ilmo. Sr. Doctor
D. Vicente Calvo y Vale-
ro, Obispo de Santan-
der.—Alcázar de Sevilla.
Catedral de Toledo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Rogamos encareci-
damente á nuestros se-
ñores Suscritores, ten-
gan presente que la
causa de la separacion
de D. Valentin Gomez
de la direccion litera-
ria de LA ILUSTRACION
CATOLICA, no ha sido
por disentiimiento en
las ideas y doctrina
del periódico, sino por
otros motivos que la
Empresa ha creído rui-
nosos para ella y fuera
de propósito y de
tiempo.

En el entretanto re-
gresará á Madrid la di-
gñisima persona en
quien hemos pensado
para la Direccion de la
Revista, la parte lite-
raria de la misma se-
guirá á cargo de nues-
tro Director religioso
el presbítero D. Fran-
cisco Caminero.

NUESTROS GRABADOS

Ilmo. Sr. Dr. D. Vi-
cente Calvo y Valero,
Obispo de Santander.

—El Prelado cuyo retrato da-
mos en la primera página de este número, nació en.

Sevilla el 10 de Mayo de 1838. Comenzó á estudiar
filosofía en el colegio de San Alberto de su ciudad

naturas de dicha facultad. En ambos estableci-
mientos se captó el cariño de sus profesores por las

raras dotes de aplica-
cion y talento que de-
mostró desde luego.
En Córía estudió el
primer curso de teolo-
gía, pasando luego otra
vez á Sevilla, donde
cursó los seis restan-
tes. El año 1856 reci-
bió el grado de Ba-
chiller en filosofía, y
en 1861 el de licen-
ciado en teología, ha-
biendo ganado por
oposicion los premios
ordinarios de todas las
asignaturas, y gana-
do tambien los ex-
traordinarios, que le
dispensaron de satis-
facer los derechos de
los grados en teología.

En 1861 obtuvo por
oposicion, despues de
unos ejercicios brillan-
tísimos, el curato de
Santa María de las Nie-
ves de Sevilla, y el si-
guiente año entró en
la Universidad como
profesor sustituto de
teología.

En 1865 fué nom-
brado Canónigo de la
Santa Iglesia Catedral
de Cádiz, donde desem-
peñó sucesivamente
los cargos de Capitu-
lar, Contador, Secre-
tario y Obrero, dando
en todos ellos muestras
de su gran celo y vas-
tísimo talento. Allí re-
dactó el plan de distri-
buciones cotidianas
que actualmente rige
en la diócesis; promo-
vió la restauracion de
todos los cuadros de
mérito que hay en
aquel templo, y con-
tribuyó á llevar á cabo
otras muchas mejoras
en el edificio y los ob-
jetos destinados al culto, tomando gran parte en el
restablecimiento del colegio de Santa Cruz.

EPISCOPADO ESPANOL



ILMO. SR. DR. D. VICENTE CALVO Y VALERO, OBISPO DE SANTANDER

natal el año 1848, y el de 1851 pasó al Seminario
Conciliar de San Isidoro para completar las asig-

Ayuntamiento de Madrid

Entre sus servicios más eminentes debe contarse la defensa que hizo por encargo del Cabildo de los derechos de aquella corporación, atacados por los gobiernos que siguieron á la revolución de Setiembre.

En 1873 quiso Su Santidad conferirle una de las sillas vacantes, á lo cual resistió respectivamente, negándose también á aceptar el Obispado de la Habana, para el cual quiso presentarle el gobierno en 1875. Por fin hubo de ceder á las reiteradas instancias de todos, y aceptó la Silla de Santander, para la cual fué presentado por el Real decreto de 15 de Junio del mismo año 1875, siendo consagrado por monseñor Simeoni en la Santa Iglesia Catedral de Cádiz el 28 de Octubre.

La alegría con que se solemnizó en Cádiz este acontecimiento, hizo de él una verdadera festividad, en que tomaron parte todos los gaditanos, y muy particularmente los pobres, que fueron en esta ocasión generosamente socorridos por el nuevo Prelado.

El 6 de Enero de 1876 hizo su entrada solemne en Santander, donde en poco tiempo ha sabido conquistar los corazones de sus diocesanos, que admiran el talento y veneran las virtudes de su joven obispo.

Alcázar de Sevilla.—Aunque el origen de este edificio es árabe, pues que su construcción se debe á los almohades y data del año 1181, son tantas las transformaciones que ha sufrido con el curso de los tiempos, que perdiendo su carácter primitivo, ha acabado por quedarse sin ninguno propiamente dicho. Desde San Fernando, que conquistó la perla del Guadalquivir, hasta doña Isabel II, que ha sido su última habitante, todos han introducido en él modificaciones para apropiarlo á sus respectivas necesidades. D. Pedro I lo reconstruyó casi enteramente; D. Juan II lo restauró; los Reyes Católicos hicieron varias estancias y un oratorio, y posteriormente, Carlos V, Felipe III y Felipe V, todos lo modificaron con más ó menos acierto.

La portada cuyo grabado damos hoy en este número, no ha podido sustraerse por completo á tantas renovaciones, y si bien la parte superior desde el friso de la inscripción gótica es árabe pura, y también reconocen el mismo origen los resaltes ó pilastras en toda su altura, y los encuadrados de la parte baja, en cambio los balcones con arcos y columnas bizantinas, capiteles romanos, curvas redondas y linteles en los huecos con resortes góticos, prueban que la mano de los restauradores no ha sido allí tan respetuosa como hubieran deseado los aficionados al arte árabe.

Catedral de Toledo.—La Catedral de Toledo es un templo tan lleno de riquezas y de magnificencias artísticas, que para describirlo se necesitaría escribir un libro, y tan conocido de los españoles, que pocos serán los que necesiten que se les describa.

La historia de esta Catedral, si ha de seguirse la tradición popular, se remontá á los tiempos del Apóstol Santiago, que, según dicen, designó el lugar en que había de levantarse; pero en realidad, su construcción comenzó el año 1227, bajo el reinado de San Fernando, y terminó doscientos cincuenta años después.

El altar mayor, que es lo que representa nuestro grabado, exigiria para su descripción tanto como una iglesia entera; es un conjunto admirable de columnitas, estatuas, follaje, adornos variadísimos que resaltan en los ángulos, se levantan sobre los arquivadas, serpentean al rededor de los niños, presentando en todas partes mil perfiles, grupos, relieves, dorados, colores, y toda clase de artificios, que presentan un golpe de vista que sorprende y asombra.

En frente de él está el coro, dividido en tres órdenes de asientos, maravillosamente esculpidos por Berruguete y Felipe de Borgoña.

REVISTA DE LA SEMANA

En el extranjero no sucede nada. Todas las naciones esperan con el arma al brazo, y tal vez no exageramos si decimos con el arma preparada, acontecimientos que se presienten, pero que nadie puede determinar. El conflicto de Afghanistan pa-

rece á los hombres políticos una reproducción, bajo otra fase, de la cuestión de Oriente, y los más previsores temen que se reproduzca la interminable cuestión del antagonismo entre Inglaterra y Rusia, por la preponderancia que ambas pretenden tener en Asia.

Austria prosigue, á fuerza de sacrificios en hombres y dinero, el cumplimiento de la misión que se le impuso por el tratado de Berlín.

El ministro de Hacienda de Hungría, viendo que la empresa era demasiado costosa, se declaró impotente para contribuir con la parte alícuota que le correspondía á los gastos de la ocupación de la Bosnia, y renunció su cargo. La verdad es que el estado de la Hacienda austro-húngara es muy aflictivo, y como por allá no tienen hacendistas de tanto corazón como los nuestros para contratar empréstitos, sin reparar en lo crecido de los intereses, será difícil que salgan del atolladero.

Entre tanto, aquí nos ocupamos de una de las cuestiones más graves que pueden agitar á los políticos españoles: de la cuestión eterna de personas.

Sobre si el subsecretario de Gobernación ha de ser el Sr. Hoppe ó el Sr. Villalva, parece que se ha armado una marimorena de padre y muy señor mío. Según dicen los periódicos mejor enterados, el Sr. Cánovas apoya la candidatura del primero, y el ministro de la Gobernación quiere que la breva sea para el antiguo redactor de *El Diario Español*, que hoy dirige los establecimientos penales.

Si el choque fuera entre el Sr. Cánovas y cualquier otro ministro, nosotros pondríamos por el Presidente, aunque sólo fuera por aquello de que *dónde hay patron no manda marinero*. Pero el joven Romero Robledo no es un marinero así como se quiera; lo menos puede aspirar al título de contramaestre, y como tiene gran influencia en la mayoría de las Cortes, y una posición que le permite toser fuerte, milagro será que se deje imponer por D. Antonio, el cual, por lo visto, es como aquel que por meterse en todo, hasta en los charcos se metía.

Como se acerca la reunión de Cortes, y este es uno de los infinitos plazos que los constitucionales se han dado á sí mismos para el logro de sus esperanzas, que se reducen á repartir el presupuesto entre los socios del casino de la calle del Príncipe, la política ha tomado alguna animación.

El Diario Español, que siempre ha sido el más batallador de los periódicos canovistas, cansado ya de oír decir que el gobierno debía dejar el poder para que lo heredase el Sr. Sagasta, ha empuñado la pluma, y como el célebre personaje de una comedia famosa, ha demostrado con la autoridad de Hipócrates y de Martín Lutero, que el Sr. Cánovas puede y debe hacer otras elecciones y seguir gobernándonos cinco años más.

Ha venido á coincidir con esta actitud del *Diario* una reunión celebrada por varios diputados y senadores de la mayoría en casa de D. Mauricio López Roberts. Los señores allí congregados tampoco quieren que el poder vaya á manos de los llamados, y para impedirlo han ideado que el ministerio se reforme en sentido liberal, y adelante con los faroles.

En una palabra: esos caballeros desean que don Antonio les limpie el comedero á los moderados de la conciliación, y libre del conde de Toreno, marqués de Orovió y demás compañeros mártires, constituya un ministerio unionista puro, y renueve la época de D. Leopoldo O'Donnell, porque suspiran todos los que pertenecieron á aquel partido.

Y por si el Sr. Cánovas se negara á estas pretensiones, parece que volvió á sonar entre los concurrentes el nombre de D. José Posada Herrera, á quien suponen capaz de complacerles haciendo el sacrificio de empuñar la batuta presidencial.

¿Llegarán á convertirse en hechos estas aspiraciones?

Poco ha de vivir el que no lo vea.

Corriendo en pos del ideal de escribir una comedia de gracia, se encontró el Sr. Echegaray con la realidad de que había escrito una obra que hizo

dormir hasta á los radicales, que en gran número acudieron el martes al teatro Español.

El fiasco fué completo, y nosotros lo sentimos, temiendo que el ex-ministro poeta vuelva á su antiguo camino de crímenes y de horrores, de que por esta vez se había apartado.

En el teatro de la Alhambra, donde continúa la compañía de bufos italianos, que tantos aplausos ha obtenido durante el verano de la buena sociedad madrileña, se ha presentado Mr. Gautier, que es una verdadera notabilidad.

Este hombre pinta un cuadro en menos que se desvanecen las esperanzas de un sagastino.

El público premia su agilidad con entusiastas aplausos, y recompensa al empresario que ha tenido la feliz idea de contratarle llenando el teatro de bote en bote.

La compañía que dirigen los Sres. Vico y Morales inauguró sus tareas en el teatro de Apolo, representando bastante bien *El médico de su honra*, del inmortal Calderón.

El jueves 17 se puso por primera vez en escena en este teatro el drama *La opinión pública*, original de D. Leopoldo Cano.

Es poco menos que imposible formar juicio de esta obra por una sola audición; lo complicado del enredo, la acumulación de incidentes y situaciones á cual más dramáticas, juntamente con los rasgos brillantes y la galanura de las imágenes, que abundan en los tres actos, embargan el ánimo del espectador, le aturden, le marean, y apenas le dejan espacio para formar su juicio.

La obra, por su pensamiento y por su asunto, pertenece á esa llamada escuela realista, que consiste en llevar á la escena todas las dolencias sociales, como si en la sociedad no hubiera una gran parte sana, en cuya contemplación pudiera recrearse el público, y en cuya pintura encontraría más digno empleo el talento privilegiado de poetas tan de primer orden como el Sr. Cano.

Esta escuela, si prevalece, acabará por alejar del teatro á las señoras y á muchos hombres, que, si no se asustan de ciertas cosas, huirán de las representaciones dramáticas como huirían de la sala de clínica de un hospital, donde todo lo que se hace es, no sólo verdadero, sino útil; pero no tiene nada de bello.

Por lo demás, la versificación del drama es soberbia, y á veces admirable. El público aplaudió con entusiasmo los dos primeros actos, y un poco más friamente el tercero.

La ejecución fué buena, distinguiéndose especialmente la señorita Contreñas, que cada día se hace más acreedora á los aplausos del público. La señora Marín, encargada de un papel lleno de escollos, supo vencerlos con talento, y se hizo aplaudir con justicia. Otro tanto logró el Sr. Morales. Vico tuvo momentos de verdadera inspiración, especialmente en el monólogo. El drama dará entradas, y la crítica se ocupará de él largamente.

UNO DE TANTOS.

ARQUEOLOGÍA SAGRADA

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO

La crítica racionalista, que ha tenido siempre particularísimo empeño en negar los hechos más palpables, y que pretende demostrar con toda clase de argumentos que San Pedro no vivió en Roma, no podía menos de dudar también de la fidelidad y exactitud de la santa tradición que corre unida á uno de los más preciosos monumentos guardados bajo la inmensa cúpula de la Basílica Vaticana. Aquella preciosa y venerada silla gestatoria, que la piedad de un Pontífice colocó, guardada por riquísimos bronce y sostenida por cuatro gigantescas estatuas, en el lugar más eminente de la excelsa Basílica, tras del altar que cubre los sepulcros de los Santos Apóstoles, ha merecido también ser objeto de la incredulidad protestante, y que se dude de su primitivo y santo destino.

Mas la ciencia, que se ilumina con los resplandores de la fe y que en los medios humanos busca

también la demostración racional de nuestras creencias y devociones, acepta el insolente reto de la negación racionalista y rompe una vez más sus especiosos argumentos, presentados orgullosamente como inquebrantables y opresoras cadenas de la razón. La arqueología, cultivada por ilustres ingenios, la historia, testigo fiel de los tiempos, y la erudición profana y sagrada, nunca solicitadas en vano por nosotros, se han puesto de acuerdo para resolver la cuestión propuesta sobre la autenticidad de la Cátedra de San Pedro. Busca cuidadosamente la crítica enemiga los más pequeños resquicios por donde introducir el frío hierro de sus armas, y deléitase incansable en llevar la zozobra y la duda á las almas piadosas; mas encuentra al fin frustrados sus intentos cuando la humana sabiduría se pone, como debe, al servicio de la fé. Y si la Iglesia ha consagrado de uno ú otro modo la memoria de un hecho, y si, como en el caso presente, ha establecido fiestas solemnes en honor de la Cátedra de San Pedro, aumenta nuestra obligación de resolver todas las dudas y de seguir la marcha de nuestros adversarios, confirmando por medio de la arqueología, de la historia y de la crítica la verdad de nuestras opiniones, y la razón de las disposiciones pontificias (1).

Esta silla preciosa de que tratamos, á que toda la cristiandad llama *Cátedra de San Pedro*, fué colocada sobre el altar mayor de la Basílica vaticana reinando Alejandro VII (siglo XVII), por cuyo generoso cuidado se recubrió de otra de bronce, trazada por Bernini, y sostenida por las estatuas de los santos doctores Atanasio, Juan Crisóstomo, Ambrosio y Agustín (2). Antes de esto pudo ser estudiada y descrita; pero desde entonces no se ha expuesto á la veneración y curiosidad de las gentes, ni ha podido examinarse á la luz de los conocimientos modernos, hasta que en 1867, con motivo de la fiesta secular de San Pedro, Pío IX ordenó que se descubriese, y consintió que el gran arqueólogo M. de Rossi la estudiase y fotografiase. Merced á estas fotografías, y al examen minucioso hecho del monumento por el esclarecido explorador de las Catacumbas, se puede hablar hoy de la Cátedra santa con exactitud y acierto (3).

Forma un asiento rectangular, apoyado en cuatro pies de roble, unidos por barras de la misma madera, horizontalmente dispuestas. Así el respaldo como los refuerzos interiores de toda la obra, y las caras laterales, son de acacia; parecen de época posterior, y se conservan mejor que la madera de roble, muy destrozada, sobre todo en los pies. El respaldo forma una arcada, coronada con un frontón triangular, en cuyo tímpano se abrieron tres huecos circulares; en esta disposición, el efecto que los dibujos del respaldo que yo he visto producen, es el de una portada del gusto románico.

(1) Apenas se atreve nadie á dudar hoy de la estancia de San Pedro en Roma; el mismo Renan cree en ella, y sólo reproduciendo los antiguos argumentos, muchas veces pulverizados, de los protestantes del siglo XVI, se puede dudar de una tradición histórica, nunca puesta en duda hasta dicho siglo. Entonces dispuso Paulo IV el restablecimiento de la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma en el día 18 de Enero, además de la vigente de 22 de Febrero, que conmemoraba la unión de la Cátedra de Antioquía á la de Roma. Desde el siglo VIII se fijaba siempre la última fecha para la Cátedra de Antioquía; pero no parece, según el señor de Rossi, que se halle mención de ella en los manuscritos conocidos de fecha anterior. Estas fiestas han sido celebradas siempre con esplendor, ya cuando había dos, ya cuando se conservaba una sola; y consta que en tiempo de Leon Magno (siglo V) se celebraba la fiesta de la Cátedra con gran pompa, y se atribuye á San Agustín un sermón sobre el asunto.

(2) Quizá asistió á esta obra un ilustre español á quien debemos el curioso y ya raro libro, de que poseo un ejemplar, titulado *Grandezas y maravillas de la ínclita ciudad de Roma*, impreso en folio en Madrid, año de 1673. El autor había residido en Roma durante seis años, y debió ser en el pontificado de Alejandro VII, que acabó en 1667. Hé aquí las frases que dedica á este monumento:

«La octava (reliquia) es la Cátedra de San Pedro, de madera, en la qual hizo los Pontificales y demás Pastorales oficios. Está en gran veneración, y en las dos Festividades de la Cátedra de Antioquía y Roma se ganan grandísimas Indulgencias los que las visitan; y tocándole unos cordones son milagrosos para los partos. La Santidad de Alexandro VII la colocó en medio de la Tribuna de esta Iglesia, entre los sepulcros de Paulo III y Urbano VIII, y adornó magníficamente, engastándola en otra de bronce dorado, sustentada de quatro Doctores de la Iglesia, de lo mismo, en forma de Colosos, y son...»

(3) Con motivo de haber confundido la célebre Lady Morgan esta Santa Silla con una que se guarda en Venecia, de cuyo error pretendió sacar consecuencias poco ortodoxas, pues llegó á suponer que aquella reliquia tenía esculpida una inscripción mahometana, el incansable y sabio Cardenal Wiseman hubiera deseado ver la Cátedra para contestar debidamente, como al fin lo hizo, á la escritora inglesa; pero no alcanzó su deseo. *Rome souterraine* par Spencer Northcote et W. R. Brownlow, edición de París de 1874, pág. 536.

La cara principal del asiento ostenta diez y ocho planchuelas de márfil, adornadas de laminillas de oro, y sobre que se grabaron los trabajos de Hércules. La disposición, asunto y carácter de estos adornos son tales, que el más lego advierte que no fueron hechos para esta silla, sino que se pusieron sobre ella en una época bárbara, arrancándolos de algún antiguo mueble. En cambio, los que enriquecen el tímpano, también de márfil, pero con relieves de hombres y animales fantásticos, se amoldan bien á la longitud y anchura de las partes del respaldo. Nótese principalmente una figura con cetro y globo en las manos, en quien M. de Rossi pretende ver la imagen de Carlomagno, ó de alguno de sus sucesores, á cuya época corresponden los adornos de esta parte. En cada uno de los pies de la Cátedra se ve todavía un gran anillo de hierro antiquísimo, y que demuestra que se destinaba á ser llevada por dos ó cuatro personas, como unas andas; esto es, que era una silla gestatoria (1).

Como se ve por lo dicho, la Cátedra ha sufrido una especie de recomposición. Un escritor hace notar que las partes formadas por el roble, evidentemente más antiguas que el resto, no tienen adorno alguno. Pero estas mejoras demuestran la antigüedad del monumento, cuyo mal estado de conservación, á pesar de que la piedad lo ha mirado siempre como objeto de valor inestimable, contribuye á fijar su data en una época muy remota. Los adornos paganos que conserva nada dicen en contra de esta antigüedad, porque pueden citarse multitud de objetos cristianos, aun del culto divino, que se enriquecieron en los primeros siglos de la Iglesia, ó en los tiempos bárbaros, con los despojos de los monumentos del paganismo.

Se ha pretendido inútilmente averiguar el origen de esta Cátedra, y saber el nombre de su primitivo dueño. No parece comprobada, antes bien se combate, la opinión del ilustre autor de *Fabiola*, quien tuvo por cierto que la Cátedra fué primeramente la silla gestatoria del senador Pudens. Pero teniendo presente la observación del mismo escritor de que el uso de esta preeminencia senatorial se introdujo antes de morir San Pedro, en el reinado de Claudio, y que la Cátedra tiene los cuatro anillos dispuestos para ser llevada á brazo, no sería aventurado del todo el suponer que algún senador cristiano la ofreció á San Pedro, para que desde ella enseñase la doctrina de Jesucristo y ejerciese la jurisdicción que de El había recibido.

Con dificultad se encuentran testimonios históricos de sentido claro y evidente que se refieran á los hechos más indudables y ciertos de los primeros siglos de la Iglesia. Sabido es que ni aun del culto de la Virgen María se han hallado muchos vestigios, correspondientes á los primeros siglos de la era de nuestra salvación, y eso que asunto de tanta importancia debió consignarse, como es natural, en inscripciones, pinturas, poesías, etc. Pero las injurias de los tiempos, el poco cuidado de los hombres, y, sobre todo, la existencia oculta y subterránea, por decirlo así, de la Iglesia durante los tres primeros siglos, han sido causas bastantes para que apenas se pueda trazar la historia de las costumbres cristianas primitivas. Mucho se ha logrado, sin embargo, con el descubrimiento y sabia investigación de las Catacumbas romanas; pero los trabajos de Bosio, Garrucci, Martigny y Rossi no llenarán las anchas lagunas que en este punto advertimos.

Aun así, los siglos inmediatos posteriores á la paz de Constantino se cuidaron de consignar muchas de las piadosas tradiciones. De esta manera resulta que un texto del siglo V ó VI, bien interpretado y referente á una época anterior, vale tanto como una inscripción ú otro testimonio escrito del siglo I. Y si además no hubiese razón alguna en contrario, la tradición así guardada merece á los ojos de toda buena crítica racional asentimiento.

En el caso de que tratamos hay varios testimonios favorables á la autenticidad de la Cátedra de San Pedro. Algunos de ellos pudieran referirse á la idea moral que esta frase encierra, y que nosotros los católicos tenemos siempre en el corazón y en los labios en cuanto designa la suprema autoridad pontificia; mas hay textos de sentido tan claro, que

(4) Rich, *Dictionnaire des antiquités romaines et grecques* voces *cathedra* y *sella*.

no puede dudarse tratan de la silla material usada por el Príncipe de los Apóstoles. Conviene, pues, descartar en este asunto las metáforas y símbolos de lo que es sentido recto de las frases.

El Papa Sergio I hizo colocar en la iglesia de San Pedro, en Roma, una inscripción conmemorativa del bautismo de un rey sajón, que en el siglo VII quiso ser bautizado en Roma, y en esta inscripción se habla claramente de la Cátedra de San Pedro (1).

Un pasaje de Ennodio de Pavía, y ciertos versos de un manuscrito de Verdun, ámbos documentos del siglo V, mencionan también la Cátedra, siendo muy de notar que el primero la llama taxativamente *silla gestatoria*, frase de gran valor para nuestro objeto. En aquellos tiempos, y aun en otros anteriores, se habla de la *sede apostólica* y de la *Cátedra de San Pedro* de diferentes maneras, y el estudio atento é imparcial de los textos demuestra que, si unas veces hay que tomar aquellas frases en el sentido moral y elevado que hoy y siempre han tenido, en otras no cabe semejante interpretación, y es preciso acomodarlas al objeto material de que se trata. Así es necesario considerar ciertas palabras de San Optato contra los herejes donatistas. Se dijo que estos sectarios tenían en Roma un obispo, llamado Macrobio, y San Optato, después de recordar la serie de Papas que desde San Pedro se habían sentado en la misma silla, decía: «Si se pregunta á Macrobio en qué lugar de Roma se sienta, podrá contestar que en la Cátedra de San Pedro? No la ha visto con sus ojos, y como cismático, no ha podido aproximarse al lugar en que se halla.» Esto se escribió en el siglo IV; mas en el anterior, un poeta decía ya en hermosos versos latinos: «En esta Cátedra en que Pedro se ha sentado...» Otros pasajes de las obras de Tertuliano acreditan también la opinión de tal manera, que sólo la mala fé ó el espíritu de secta pueden desconocer sus fundamentos.

Por último, se sabe que San Dámaso, Papa de nacimiento ú origen español, depositó esta silla venerable, que había de atraer la admiración, el amor y la obediencia del mundo, en el Baptisterio de la iglesia de San Pedro, y parece que después no tuvo lugar fijo hasta que fué colocada en el lugar donde hoy se venera.

Puesto que los escritores racionalistas consideran á la mayor parte de las tradiciones eclesiásticas como leyendas más ó menos extraordinarias de la Edad Media, nótese bien que la existencia de la Cátedra de San Pedro es anterior á los siglos medios, y adviértase que durante éstos apenas se hace otra cosa que conservar la memoria del monumento y la fiesta del 22 de Febrero, en la que se conducía al lado del altar mayor la que fué silla de San Pedro para que el Papa se sentase.

Pero, sobre todo, ¿hay alguna razón, algún hecho, algún pasaje histórico que se opongan á una creencia tan racional y autorizada? ¿Tan fuera de las leyes de lo posible está el suceso, que repugne á la razón más escrupulosa y al entendimiento más irreducible? ¿Existe alguna prueba de orden físico ó moral contraria? Claro es que no, puesto que no se aduce por la crítica enemiga, apoyada en argumentos negativos, que no tienen valor desde que hay otros ciertos, palpables y comprobados.

El examen arqueológico de la Cátedra de San Pedro no dice nada en contrario de su autenticidad. Ciertamente que no se conservan señales y rasgos característicos correspondientes al siglo I de nuestra Era; pero el hecho de haberse reforzado y adornado en época posterior, y la diferencia que se advierte entre la materia y los adornos añadidos, y el casi destruido roble de que se hizo la parte primitiva, demuestran la antigüedad de ésta. Quizá aquellas reformas y aumentos han ocultado los caracteres artísticos de la primitiva silla. De haberse conservado, fuera cosa llana y corriente señalar la época á que el monumento pertenecía, y fuera menos costoso al arqueólogo descubrir en sus vetustos y malparados restos la fecha aproximada de su construcción. En estos casos se notan á vista de ojos, y dolorosamente, las dificultades con que tropieza el anti-

(1) La inscripción decía así: «El poderoso rey Ceadwalla abandonó todo por el amor de Dios, para visitar á Pedro y la Cátedra de Pedro, etc.» Adviértase que se distingue la Cátedra de la persona del Papa. El Sr. Brownlow cree que puede verse en estas palabras una alegoría; yo no la veo.



cuario cuando los monumentos no conservan aquellas formas y condiciones artísticas que, bien entendidas, son como datos ciertos de la cronología monumental. En estos casos se comprueba también la importancia de una ciencia que, no sólo sirve á los intereses y gustos humanos, sino también á las creencias más veneradas de los fieles católicos (1).

JUAN CATALINA GARCÍA.

(1) Se habla mucho en Roma de otra Catedral de San Pedro, venerada en los primeros siglos. Cuando el presbítero Juan llevó á la Catedral de Monza, cuyas reliquias son céle-

MANZONI

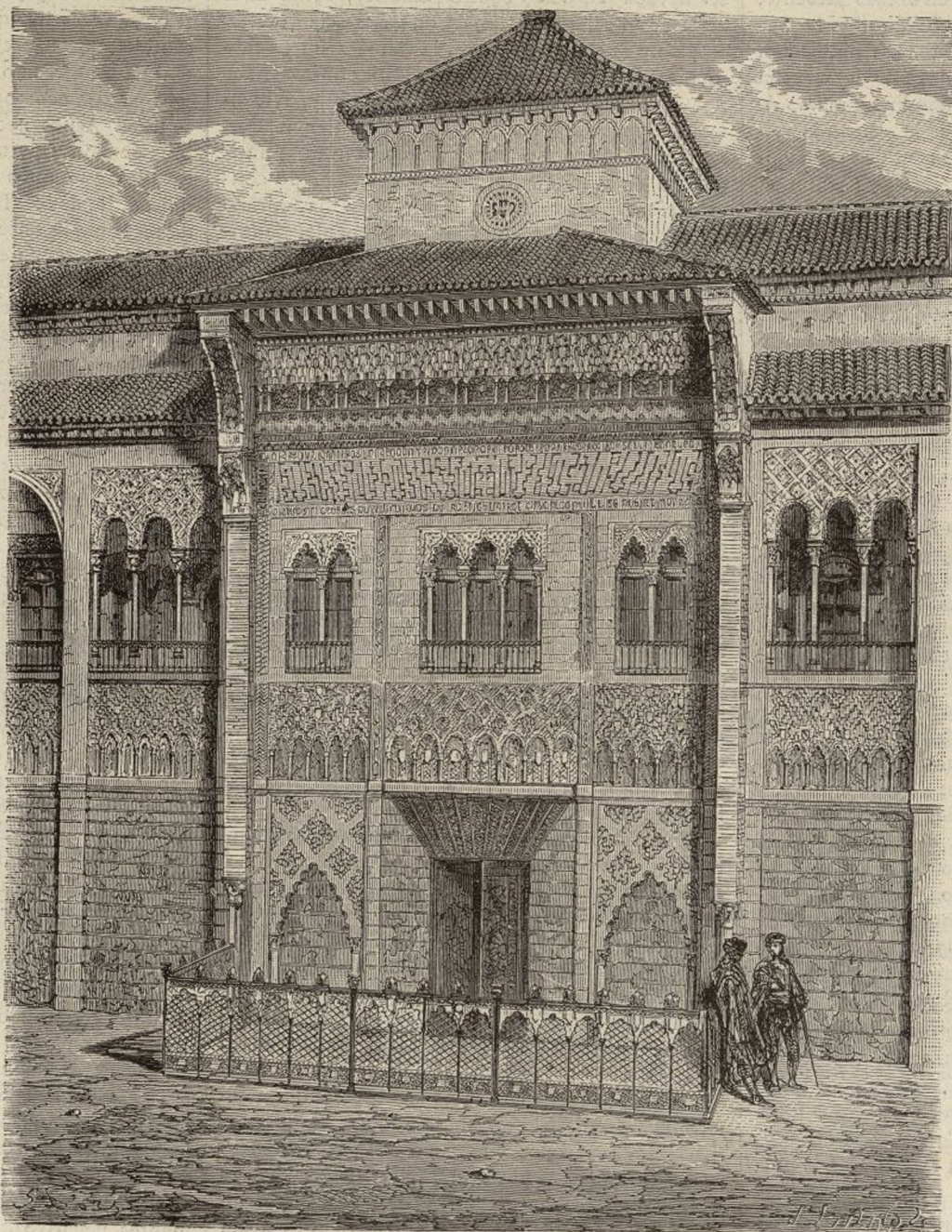
El 20 de Mayo de 1873 pasó á mejor vida Alejandro Manzoni, á la avanzada edad de 89 años, en medio del dolor de los que habían podido apreciar sus grandes cualidades de hombre, que eran

bres en los fastos sagrados y arqueológicos, los aceites (olea) recogidos de las lámparas que ardían entonces (fines del siglo VI) en los principales santuarios de Roma, dijo en el célebre papiro en que catalogó dichos aceites y el lugar de donde procedían, que uno de ellos era «aceite de la Catedral donde se sentaba el Apóstol San Pedro», añadiendo que estaba

todos los que le conocían, y de los que habían saboreado los exquisitos frutos de su inteligencia, que eran cuantos siguen con alguna atención el movimiento literario de Europa.

Nació Manzoni en Milán en 1784, y era por su madre nieto del gran legitimista Beccaria. Educóle su familia con el mayor cuidado, atendiendo no sólo al desarrollo y cultivo de su precoz intelligen-

recogido, no en el Vaticano, sino cerca de la Via Salaria Nova, en el cementerio de Ostriano, ó de la fuente de San Pedro, *ubi baptizabat*, como dice el texto. Pero si existió esta otra Catedral, sólo se conserva el recuerdo, y por cierto no muy claro.



ALCAZAR DE SEVILLA

cia, sino á echar en su alma la semilla de la fé religiosa, que tan inquebrantable habia de ser en el gran poeta.

Muy joven aún se lanzó á la carrera de las letras, á la que le llamaba una vocación irresistible, y publicó una colección de poesías líricas, en que la elevación de los pensamientos, la belleza de las imágenes, el vigor de la entonación y la energía de la frase, le conquistaron desde luego un lugar preeminente entre los poetas italianos.

Pronto tuvo ocasión de hacer ostentoso alarde de los sentimientos piadosos que se albergaban en su alma, tan profundamente cristiana y católica. Simon de Sismondi habia publicado un escrito en que afirmaba que el Catolicismo era uno de los

mayores obstáculos que se oponían á la libertad italiana. Manzoni le contestó con todo el fuego que es peculiar á sus obras, y al mismo tiempo con la dialéctica abrumadora del más hábil polemista. Este trabajo, que por su índole participa de religioso y de político, sin perder por eso el carácter literario, le hizo popular en su patria, donde todos los que no estaban dominados por el estrecho criterio de los partidos aplaudieron sin reserva al joven escritor que daba tan brillante muestra de religiosidad y patriotismo.

No tardó en hacerse europea la reputación que Manzoni habia logrado en su patria. Para conseguir este resultado le bastó publicar su célebre novela *Los prometidos esposos*. Pocos habrá que no

hayan leído este libro, que ha sido traducido á todos los idiomas, alcanzando en todos el mismo éxito, y viendo multiplicar prodigiosamente el número de ediciones.

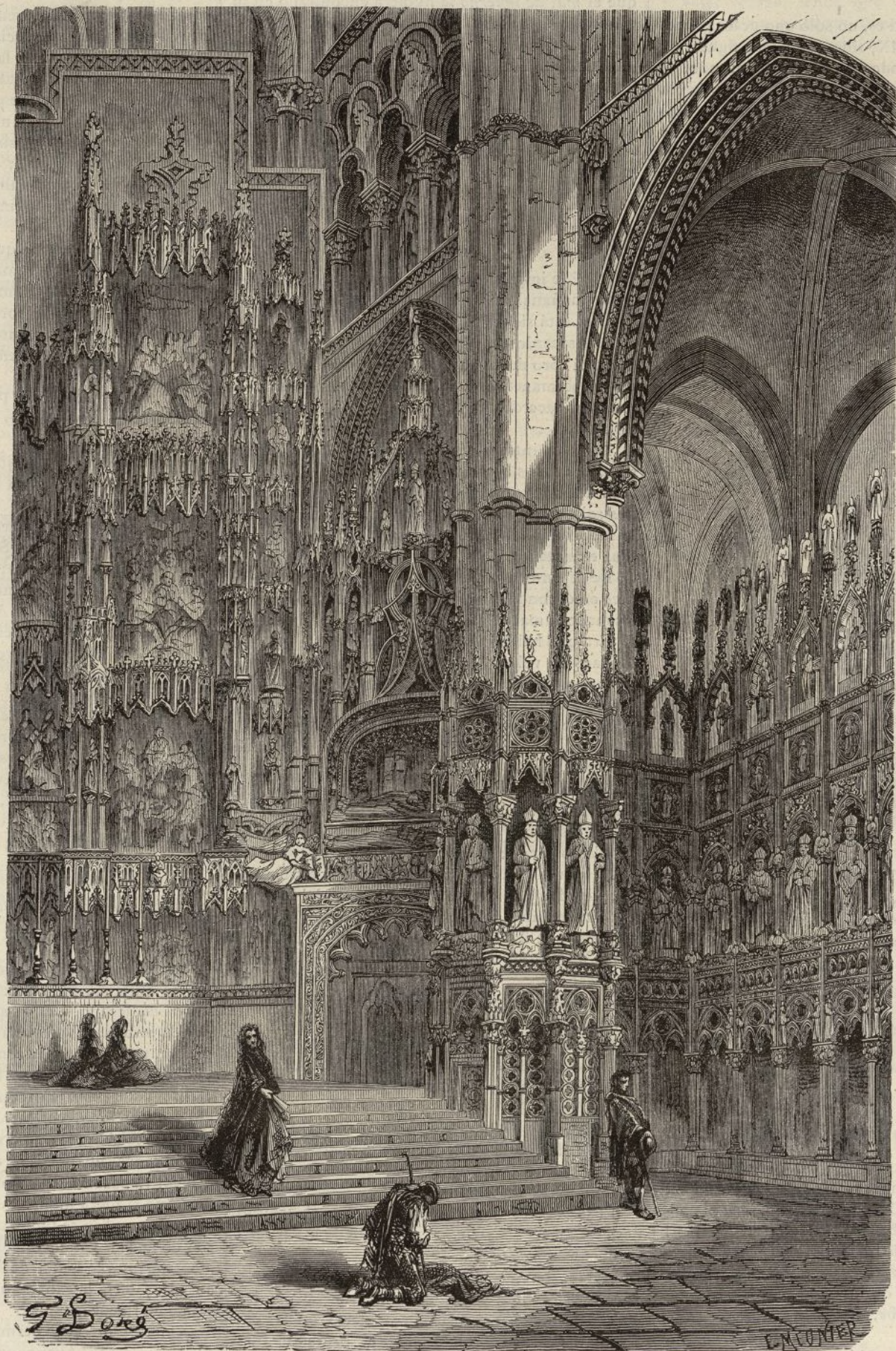
El argumento de esta obra es muy sencillo. Dos jóvenes milaneses del siglo XVII, Benzo y Lucía, se aman apasionadamente, y tienen concertado su casamiento. Pero entre ellos se levanta un obstáculo, al parecer invencible. Rodrigo, que es un hombre temido en todo el país por sus maldades, ama á Lucía, y logra atemorizar al sacerdote que debía bendecir la unión de los dos jóvenes, y como su persecución se hace cada vez más terrible, Lucía se refugia en un convento de religiosas y Benzo huye de Milán. Lo sagrado del asilo no detiene á

Rodrigo en la persecucion de Lucía; logra robarla y la conduce al castillo de un salteador famoso, que es por sus crímenes el terror de la comarca. Lo que no podría conseguir la fuerza lo consiguen la nobleza de carácter y la virginal pureza de Lu-

cía, cuyas prendas lograron dominar al bandido; y la joven escapa de aquel peligro terrible, se fuga del castillo y va á desposarse con el que ama. Rodrigo muere de la peste, y el salteador se convierte, convencido por la persuasiva elocuencia

de Federico Borromeo, el sobrino de San Carlos.

El asunto, como se vé, no puede ser más sencillo; pero la fé religiosa y la inspiracion de Manzoni no han necesitado más para producir un libro en que, despues de la conviccion del cristiano



CATEDRAL DE TOLEDO



y del moralista, que brilla en todas sus páginas, no se sabe qué elogiar más, si el ingenio del novelista, el talento del pintor, que así describe el paisaje admirable del lago de Como con una brillantez y una galanura encantadoras, como pinta el sombrío y terrible cuadro de Milán azotado por la pes-

te, ó el genio del poeta que retrata caracteres tan bellos como el de Federico Borromeo y el de Lucía.

Deseando cultivar todos los géneros, y brillando sin rival en todos ellos, se lanzó á escribir una obra dramática y compuso «El conde de Carmañola», que es la historia animada de uno de esos soldados

de fortuna que truecan en un momento el casco y la coraza por la corona y el manto ducal.

Escribió también la tragedia «Adalgisa», cuya accion nos trasporta á la época de las guerras de los lombardos contra Carlomagno.

La tragedia, como el drama, contiene bellezas de

primer orden; pero fuerza es convenir en que Manzoni, más que autor dramático era poeta lírico, y sobre todo poeta religioso.

Como poeta lírico, su oda á la muerte de Napoleón titulada «Cinco de Mayo,» bastaría para hacer una reputación.

Como poeta religioso, apenas se sabe á qué composición dar la preferencia. Sin embargo, el magnífico himno al Espíritu Santo, la poesía titulada «La monja de Mouza» y el canto triunfal de la Resurrección, son tal vez las que merecen figurar en primer término.

En suma: Manzoni es, no sólo uno de los primeros poetas del siglo XIX, sino que puede figurar en primera línea entre todos los poetas del mundo.

Como ha dicho de él un escritor francés, había tomado del Tasso la imaginación brillante, la dulzura de lenguaje del Petrarca, la abundancia de Monti, el patriotismo de Alfieri, la pureza gramatical de Metastasio, y más fiel que ellos á las tradiciones del pasado, conservó intacta la inspiración de la fé, á la cual debe Italia sus poetas, sus pintores, sus hombres de Estado y sus Santos.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

LA PRIMERA COMUNION

En nubes purísimas
Subía el incienso,
Que al subir regalado aromaba
La nave del templo.
Armónicos cánticos
Vibraba el salterio,
Semejando la música blanda
Que vibra en el cielo.
Vertían espléndidas
Dorados reflejos
En el ara las luces, cual faros
Que al alma dan puerto.
Y alzábanse unísonos
En suave concento
De la esquila la voz y el solemne
Murmurio del rezo.
En tanto la Virgen,
De hinojos cayendo,
Se elevaba hasta Dios, que aceptaba
Morada en su seno!..

JAVIER UGARTE

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

X

Presentimientos

Un mes había transcurrido desde el festín del palacio de Noyal. Rennes se había convertido en una ciudad desierta. Dijérase que un ejército enemigo había pasado sobre ella á sangre y fuego. El empedrado desigual de sus calles, que poco antes crujía bajo las herraduras de los caballos ó bajo las botas con espuelas de los caballeros, dejaba entonces crecer la yerba, triste signo de soledad y abandono.

Los palacios de los nobles habían cerrado sus contravidrieras, y hasta las casas de los comerciantes estaban cerradas.

Ya no había estudiantes alegres y pendencieros en la plaza del Palacio, ni paradores llenos de huéspedes en la calle de Antiaín, ni vertiginosos bailes en el barrio del Obispo.

Mariona, la fornida novia del sargento de dragones, había muerto del *mal de infierno*.

El bizarro sargento de dragones había muerto también.

Ambos habían quedado desfigurados, con el rostro amoratado y ennegrecido, echando espumajo por la boca en horribles contusiones.

El *mal de infierno* estaba en Rennes, y Rennes

había huido pálida toda y asustada ante el *mal de infierno*.

Las mujeres hermosas, las vizcondesas de lengua viperina, los estudiantes, los nobles, los tenderos, los diputados jansenistas del Parlamento, los de pelo encanecido, los de luengos y regazados bigotes... Todo había desaparecido; se habían evaporado. Todo... hasta los cuatro últimos dientes de Guillermina Barbedor.

Y en verdad que esta preciosa joven había hecho mal en esconderse; porque en el supuesto de que el *mal de infierno* la hubiera encontrado en su camino, el *mal de infierno* la hubiera tenido miedo.

Badabreux, el solteron, las cinco revendedoras Trecoché, Saturnino Mormichel, el peluquero Solimant, Vivé, toda aquella buena gente, toda aquella reducida sociedad se había marchado. Rennes estaba allí, yo no sé donde; pero ciertamente no estaba en Rennes.

Las casas habían quedado vacías y mudas.

Sólo las campanas hablaban, porque el sacerdote queda siempre el último en su puesto de batalla.

¿Qué le importa morir aquí ó allí, morir hoy ó morir mañana?

Dios está siempre en todas partes.

Los sacerdotes continuaban cantando y rezando en el coro de las iglesias desiertas. Los sacerdotes permanecían en Rennes, y los pobres con ellos; los sacerdotes ayudaban á los pobres á vivir y á morir.

A largos intervalos solía sentirse rodar por las solitarias calles algun coche de lujo, cuyos caballos iban á todo escape. A través de los cristales cerrados solía verse alguna dama, descolorida, con un frasco á la nariz, el cuerpo todo tembloroso y los ojos espantados.

De repente, aquella dama que huía se dejaba caer en el fondo del coche, y se cubría el rostro con las manos amarillentas.

Era que había oído la siniestra carraca y había divisado al volver una esquina uno de aquellos fantasmas escuálidos que andaban con una negra máscara sobre la frente, y decían con voz pausada y lúgubre:

—¡Cristianos, no os acerqueis; temed al *mal de infierno*.

Aquella mujer, si era buena, dominaba su terror, y entreabriendo la portezuela le tiraba el bolsillo al apestado. Pero la fantasma pasaba por junto al bolsillo y no le recogía.

Al volver otra esquina, la fugitiva se estremecía y sentía ahogarse el corazón dentro del pecho. Era que se había encontrado con el carro de los muertos, que iba lleno hasta arriba. Tras del carro iba un sacerdote con el ritual abierto y sin nada en la cabeza.

Nada de parientes acompañando á los cadáveres; nada de amigos.

Nada más que los difuntos, y el sacerdote.

Los caballos precipitaban su carrera. La fugitiva, si era cristiana, balbuceaba los versículos del *De profundis*.

El carro de los muertos no salía de su paso. El sacerdote le seguía cantando con voz grave y tranquila; iba sostenido por ese soberano valor de los humildes y de los justos.

El sacerdote, único viviente en aquel camino desierto, decía las alabanzas del Dios de las Misericordias.

Había, sin embargo, un hombre que hacía lo que los sacerdotes, y que no temía entrar con las manos desnudas y el rostro descubierto en las casas apestadas. Este hombre era el brujo de Lacuzan.

Desde los primeros amagos de la epidemia acantonó sus dragones fuera de la ciudad, y él se quedó dentro; ó por mejor decir, él vivía, como antes, cabalgando todos los días desde su castillo del Grail á su palacio de la ciudad, y desde su palacio á su castillo.

Desde su castillo, que era el refugio de los pobres madreñeros de la selva de Rennes, á su palacio, que era el hospital de los pobres obreros de la población.

¡Brujo de Lacuzan! ¡Todo un coronel de dragones! ¿Por qué se metía él en estas cosas, cuando los filósofos y los filántropos habían huido?

Como era natural, el vacío de la ciudad llenaba los palacios y casas de campo de los contornos. El que tenía el marqués de Noyal, situado á dos leguas de Rennes, sobre la carretera de París, reboaba de huéspedes de la nobleza. Hubiéramos vuelto á encontrarnos allí con casi todos los convidados del festín celebrado el 3 de Junio por la clausura de las Cortes.

El señor marqués era un hombre demasiado digno para retirar el hombro ante una calamidad pública; y por otra parte, preciso es confesarlo, el señor marqués tenía un miedo cerval á la epidemia. El solteron Badabreux había logrado entrarse muy adelante en la gracia del marqués, á fuerza de repetirle una vez por la mañana, otra vez á medio día, y otra vez á la tarde que el *mal de infierno* no se pegaba más que á la gentuza.

Vivíase, pues, muy tranquilamente en el castillo, sin bailes ni banquetes, sin cacerías nocturnas, sin fiestas de ningún género, por más que ni en la aldea de Noyal, ni en los alrededores, no se hubiese todavía presentado ningún caso de la enfermedad tan temida.

Blanca era la misma que poco há hemos visto: vivaracha y buena; el más precioso corazón del mundo; espiritual á su manera; creyendo siempre en Lacuzan; siéndole por todo extremo adicta, y tornándose tímida delante de Alberto de Coetlogon, que hacia ya dos semanas que había cumplido los diez y ocho años.

Ya no se hablaba de Pichenet. Pichenet había desaparecido de veras. No había vuelto á entrar en la cabaña de Malbrouk.

Pero Blanca sabía mejor que nadie lo que había sido de Pichenet; Blanca y Lacuzan, los dos perpetuos cómplices.

Por lo que hace á María de Noyal, os diré que había cambiado mucho. Su maravillosa hermosura no había disminuido; pero ahora tenía continuamente en su faz encantadora una expresión de profunda melancolía. La mirada de sus hermosos ojos negros y rasgados era casi de continuo vaga y pensativa. Tenía un cerco sombrío debajo de los párpados, y su frente se inclinaba como cargada de quimeras.

Entre los que la rodeaban había dos pretendientes que parecían sobresalir de entre la turba de los adoradores vulgares.

Dos nobles jóvenes: Avaugour, el descendiente de los duques de Bretaña, y Lacuzan, el brillante soldado. Blanca andaba curiosa de saber á cuál de ellos prefería su hermana; pero también andaba un poco inquieta.

Desde que su hermana estaba triste, Blanquita la rodeaba de amor y de caricias, porque la amaba de todo corazón, y María la pagaba en la misma moneda.

La oposición que había entre el natural de ambas no quitaba nada á su cariñosa ternura. Blanca estaba en acecho, y es de advertir que era muy ducha en la materia, no obstante su inocencia tan verdadera, tan pura, tan serena como la inocencia de un ángel. Pretendía saber la inclinación de su hermana, y la espiaba en interés de Lacuzan, su amigo, y sobre todo, en interés de la misma María.

No creáis que la dijera ni una palabra de Lacuzan. Blanca no era imprudente sino por cuenta propia. Lacuzan la había prohibido hablar, y callaba como si fuera muda.

¿Hacia quién se inclinaba, entre tanto, el corazón de María? El afortunado entre todos, el *venturoso mortal* que había de llegar á ser dueño de su corazón, ¿sería el caballero de Avaugour, ó sería el conde de Lacuzan?

Ambos á dos eran hermosos; casi de una misma edad entrambos. Avaugour brillaba cuanto es posible, á pesar del mal estado de su herencia ducal. A Lacuzan ya le conocemos.

Algunas veces, María de Noyal parecía presentarse más favorable al caballero Avaugour, sobre todo, después que Lacuzan le había herido en desafío al día siguiente de aquel en que Avaugour había dado mil francos por conservar el luis de oro de María. Por otra parte, el marqués de Noyal decía en todas partes, y á todo el que quería oírlo, que Lacuzan estaba esperando los diez y seis años de Blanca.

Bien recordareis cuándo se figuró haber hecho ese descubrimiento.

¿Creeis en los presentimientos? Yo, por mi parte, sé que hay siempre en la atmósfera un hálito puesto en vísperas de una gran desgracia. Yo le he sentido sobre mi frente, y ha helado mi corazón.

Yo sé también que toda criatura humana predeterminada para un dolor profundo, se ocupa anticipadamente de este dolor, le estudia en cierto modo cuando este dolor la es todavía extraño, le busca por un fatal instinto y halla un raro placer en convertir siempre la atención al mismo asunto.

Yo creo en los presentimientos.

Creo en ellos como en la miseria de la vida humana; como en la felicidad de los justos en otra vida prometida por la inmensa bondad de Dios.

María hablaba muy á menudo del *mal de infierno*. Hablaba de él con la disimulada precaución que es propia de las personas que tienen una idea fija.

Porque en estos casos, el asunto sobre que se quiere hacer decaer la conversacion no se le lanza de una manera brusca sobre el tapete, sino que se le hace venir como rodado, y si el agente es una mujer, lo hace con tal destreza, que nadie puede ver, ni el deseo que en ello trabaja, ni la fantasía que en ello se complace.

Lo que preocupaba á María en el *mal de infierno*, no era precisamente el mal que mata; era el mal que desfigura.

La tradición refiere, en efecto, y pareceme haberlo dicho ya más arriba, que los poquísimos atacados que escapaban de la terrible epidemia quedaban horrorosamente señalados.

María se hacía decir y repetir cien veces los pormenores más insignificantes de este estrago. Se sabía de memoria cómo la bella María Landais, del barrio del Obispo, había muerto lívida con los ojos inyectados de sangre.

María de Noyal, la elegantísima y delicada joven, sabía todo esto y otras cosas todavía más íntimas, es decir, más horribles. María las sabía, y para saberlas había hecho esfuerzos que la hubieran fatigado seguramente y vencido si se hubiese tratado de satisfacer un desvarío ó un antojo feliz.

Lo sabía todo.

Mas las relaciones de Badabreux y de otros pájaros de mal agüero, por más terroríficas que fuesen, no bastaron ya á satisfacer su lúgubre capricho. María quiso verlo.

Pero ¿de qué manera?

El palacio del marqués estaba situado sobre la aldea de Noyal, que está á dos leguas largas de Rennes. Si el marqués hubiera sospechado el deseo de su hija, la hubiera encerrado y asegurado con la camisa de fuerza.

María subió una mañana al cuarto de Blanca. La habló de flores, de encajes, de trapos, de todo, en fin, lo que juzgó necesario, y despues la dijo:

—¿Tú escribes alguna vez á Lacuzan?

—Todos los días,—respondió Blanca.

—Voy á tener necesidad de hablarle.

María pronunció estas últimas palabras con visible embarazo. Blanca la miró contentísima, diciéndola:

—Dentro de breves horas estará aquí si quieres.

—¡Oh! no corre tanta prisa,—quiso interrumpir María.

Mas la pluma de Blanca corría ya sobre el papel. Ved lo que escribía la muy loquilla:

«Mi buen amigo Lacuzan:

»Alguien á quien tú amas, aún más que á mí, necesita hablarte...»

María, que estaba mirando por encima del respaldo de la silla, cogió el papel y le rasgó.

—Así no,—dijo.

—Blanca cogió otra carta, y comenzó de nuevo.

«Mi buen amigo Lacuzan:

»Mi hermana María tiene deseos...»

—Así no,—volvió á interrumpir la hija mayor del marqués de Noyal.

—Pues entonces dictame.

María se puso encarnada; pero dictó.

«Mi buen amigo Lacuzan...»

—Puesto que tú le llamas así,—añadió, dejando de dictar.

—¿Y despues?—dijo Blanca.

«Mi buen amigo Lacuzan...»

—Eso ya está escrito. ¿Es necesario ponerlo dos veces?

—¿Qué mala eres!.. «Mi buen amigo...»

—¡Vamos! ¡Voy á ponerlo tres veces!

—«Hace ya mucho tiempo que no hemos tenido el gusto de ver á usted por aquí...»

—«Por aquí»,—repitió Blanca,—ya está.

—«Y mi padre desea...»

Blanca soltó una risotada estrepitosa. María se detuvo como contrariada.

—¡No te enfades, hermanita!—dijo Blanca, arrepintiéndose de haberse reído;—«...y mi padre desea...»

—¡No!—exclamó María, como con deseos de llorar;—es inútil; ya no quiero hablar á Lacuzan.

Blanca se levantó y la echó los brazos al cuello.

—¡Verás!—la dijo con su encantadora petulancia;—no había necesidad de nada de eso.

Sentóse de nuevo, y trazó de dos plumadas estas palabras:

«Ven á vernos hoy.—BLANCA.»

Y puso el sobre:

«Al señor conde de Lacuzan, en su castillo del Grail.»

María tornó á su plácida sonrisa.

—¡Eso es!—murmuró;—muchas gracias, Blanca. Pero ¿crees tú que vendrá?

—¡Estoy tan segura!—respondió Blanca, con un tono lleno de presunción.

María la colmó de abrazos y besos, y se bajó al jardín. La carta partió conducida á todo galope por el correo de Noyal. El castillo de Lacuzan no distaba de allí más que una hora.

Todo aquel día estuvo María pensativa y triste más que de ordinario. El caballero Avaugour buscaba en balde su sonrisa. Cada vez que María oía la campanilla de la puerta principal, que anunciaba una visita, se estremecía. Hubiérase dicho que tenía miedo á lo que esperaba, despues de haberlo deseado tanto.

La visita que había llamado á la puerta entraba; pero no era Lacuzan. María respiraba. E inmediatamente se ponía de nuevo á contar los minutos.

Cuando, por fin, conoció desde lejos en la carretera el galopar del caballo de Lacuzan, dejóse caer en un banco de césped y apretó sus bellas manos contra su corazón, que desfallecía.

—¡Es preciso!—murmuró;—yo lo quiero.

(Se continuará)

GERTRUDIS

CUENTO TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR LA SRTA. R. U.

I

El forastero

En Genorac, alegre aldea del Perigord, se celebraba la grandiosa festividad de la Asuncion.

Las campanas daban al aire sus más alegres vibraciones; la antigua iglesia disimulaba las grietas de sus paredes bajo un rico y encantador adorno de flores; las jóvenes estaban vestidas de blanco, y sus madres habían para este gran día reemplazado por una cofia de tul el tradicional pañuelo, que forma de ordinario el único y original adorno de las mujeres de aquella comarca.

Lánguidamente apoyado sobre el tronco de un árbol había un joven de noble figura, que paseaba una mirada de sorpresa sobre aquella pompa rústica y aquellas caras alegres. Seguramente, no comprendía nada de tan piadosa alegría.

Una servicial aldeana, poco acostumbrada á las actitudes reflexivas, pensó que quizás aquel señor esperaba á alguna persona, y se aproximó á ofrecerle sus servicios.

—Gracias, mi buena mujer,—respondió él;—no espero á nadie; me encuentro aquí por casualidad, y como no tengo nada que hacer, contemplo á mi gusto vuestra linda villa... ¡Qué aire de fiesta en todo! No os pregunto el motivo; tantos vestidos blancos dejan fácilmente adivinar una primera comunión.

—¡Una primera comunión, Ave María!—exclamó la aldeana.—¿Es posible, señor, que no sepais que hoy se celebra la fiesta de la Asuncion?

El joven enrojeció ligeramente, abrió un elegante almanaque-cartera, le echó una mirada y le cerró, diciendo:

—¡Es verdad, el 15 de Agosto! ¡Qué vida llevo, Dios mío!—murmuró en voz baja, con un suspiro de pesar.—Pero,—añadió, reparando el aire escandalizado de la pobre mujer,—ahora que estoy enterado, iría con mucho gusto á la misa de hoy, á

fin de probaros que no soy tan malo como podrais creer.

—No hay misas á estas horas, señor, pues hasta las vísperas acaban de terminar,—respondió la aldeana, con una expresion de tristeza y de profundo disgusto.

La pálida cara del joven se coloró de despecho. Brillar en París, pensó, y enrojecer en Genorac, esto es demasiado... ¿Por qué haber contestado á esta mujer? ¡Qué extraña idea!

Iba á alejarse, cuando la buena aldeana, figurándose que su silencio ocultaba el disgusto, detuvo para decirle:

—Es verdad, señor, que nuestros Oficios han concluido; sin embargo, tenemos esta tarde todavía una bella ceremonia, á la cual podeis asistir: es la consagracion de todas las jóvenes solteras de la villa á la Santa Virgen. La señorita Gertrudis de Trebes irá al órgano y cantará,—añadió, con un tono á la vez sencillo y orgulloso.

—¿Quién es la señorita Gertrudis?—preguntó el extranjero.

—Se ve bien, señor, que no sois de este país; puesto que no conoceis á la que nosotros llamamos el angel de Genorac, la que es tan guapa y tan buena, la que sabe cuidarnos y consolarnos, la que trae la paz y la alegría á nuestras familias y el amor de Dios á nuestros corazones.

La aldeana había hablado con un entusiasmo creciente; el extranjero la escuchaba con gran interés.

—Os doy gracias,—la dijo;—quizás seguiré vuestro consejo.

Saludó con una gran finura, que debía serle habitual, y despues se alejó, volviendo á tomar su actitud meditabunda.

(Continuará)

MOVIMIENTO RELIGIOSO

El señor Obispo de Plasencia, D. Pedro Casas y Soto, ha sido recibido por Su Santidad en audiencia privada, y le ha presentado los testimonios más afectuosos del clero y fieles de dicha diócesis.

Su Santidad acogió cariñosamente al distinguido Prelado, y envió á sus diocesanos una especial bendición.

Un telegrama de Berlin, fecha 11, asegura que M. de Bismark ha dirigido al Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad una carta suplicándole que dé gracias al Sumo Pontífice, en nombre del Emperador, por las benévolas frases que ha consagrado al emperador de Alemania en la última carta al Cardenal Nina. El príncipe de Bismark manifiesta al mismo tiempo su firme confianza de que las negociaciones entre la Santa Sede y el gobierno imperial se han de ver pronto coronadas de un éxito feliz y duradero.

Esta noticia, que al parecer merece completo crédito, demuestra que, á pesar de los revolucionarios, se conseguirá en Alemania el resultado que deseen todos los buenos.

En confirmacion de nuestra manera de ver, leemos en otro despacho de Roma, fecha 11, la siguiente noticia, sobre la cual llamamos la atención de nuestros lectores:

«Habiendo fracasado todos los esfuerzos hechos por Bismark para obtener los votos del centro, el cardenal Nina, por conducto de Mons. Masella, ha preguntado al canciller si por ese hecho debían considerarse rotas las negociaciones pendientes; pero se ha decidido que debían continuar, por tender á fines más importantes que la ley contra los socialistas.»

Una nueva iglesia se ha empezado á construir en West Kempuy, habiendo bendecido la primera piedra Mons. Vaughan, Arzobispo de Sydney. En toda la colonia son notables los progresos que hace el Catolicismo, y la colonia española benedictina de Nueva Nursia continúa floreciente.

De Tamatava escriben lo siguiente, con fecha del 28:

«La fiesta del Corpus se ha celebrado el domingo último con toda la pompa y brillo que el culto católico despliega en tal festividad; todas las casas por las cuales pasó la procesion estaban colgadas,



y con palmeras plantadas, la víspera se formó un verdadero toldo de follaje. El altar de descanso, adornado con verdadera magnificencia, se levantaba en la plaza del Mercado, frente á los templos metodistas y anglicanos.

«Una cosa chocó á todo el mundo: fué la actitud digna de los miembros de los otros cultos. El gobierno malgacho, por su parte, no trató de oponerse á semejante manifestación, y, al contrario, hizo cuanto pudo para dar realce á la ceremonia.»

Por lo que toca á las islas Sandwich, el general Cowley, representante inglés en Honolulu, escribía últimamente:

«Aquí he conocido á Mons. L. Maugret, Obispo de Aralh, un noble y santo anciano de más de setenta años, que tiene una expresión de santidad que en nadie he visto... Para socorrer á los pobres y enfermos que tiene á su cuidado, Mons. Maugret se impone las mayores privaciones...»

«También he visitado, en compañía del señor Bailleu, comisario francés, la escuela católica, dirigida por las Hermanas del Sagrado Corazón. Las discípulas, blancas, mestizas é indígenas, honran á sus profesoras. Me ví un poco desconcertado cuando la Superiora me invitó á que las dirigiese algunas preguntas; pero como ya había visto los dormitorios confortables en que las niñas están alojadas, y había comprendido la gratitud que muestran hacia sus maestras, aproveché la coyuntura para excitarlas á que se aprovecharan de los sacrificios y abnegación de las buenas Hermanas.»

MESA REVUELTA

Decía Mirabeau que para que un ciudadano sea noble se necesitan dos cosas: primera, que él lo diga; y segunda, que los demás lo crean. Sin estas dos condiciones no existe la nobleza.

Dos comerciantes disputaban acerca de la importancia y extensión de sus negocios.

El primero, que era catalán, decía:

—Figúrese que en mi casa se gastan sólo en tinta 8.000 rs. al año.

—Eso no es nada,—contestó el otro, que era un andaluz;—en la mía economizamos 10.000, sólo con no poner los puntos sobre las *ies*.

Un marqués muy tramposo y muy mal pagador se presentó en casa de un capitalista, y le dijo:

—Caballero, va usted á asombrarse: soy el marqués de Tal; no le conozco y vengo á pedirle mil duros prestados.

—Más se asombrará usted,—respondió el capitalista;—le conozco, y voy á prestárselos.

Un sacerdote quería consolar á una señora que acababa de perder un hijo, recordándole el sacrificio de Abraham cuando Dios le mandó sacrificar á su hijo Isaac.

—Ah,—contestaba ella anegada en lágrimas.—Dios no hubiera exigido ese sacrificio á una madre.

Le anunciaban á uno la muerte de un amigo suyo, y dijo:

—No lo creo, porque si así fuera, me lo hubiese escrito.

MISCELANEA

El pánico producido en el teatro popular del Coliseo de Liverpool, por el grito de ¡fuego! dado por algunos espectadores, ha producido la muerte de 37 personas y gran número de heridos.

La alarma no tenía fundamento, y el director del teatro hizo cuanto pudo para calmarla; pero fué desoído.

La concurrencia, compuesta de trabajadores, se lanzó precipitadamente á la puerta; y en ésta y en los pasillos perecieron ahogadas, bajo la enorme presión de la multitud, enloquecida por el terror, las personas que dejamos dicho.

Se cree que esta terrible desgracia es debida á la mala intención del espectador que dió el grito, y se han ofrecido dos mil reales de premio á quien le descubra.

Hace pocos días que ocurrió en el jardín de Aclimatación de París un hecho sumamente curioso, acerca del cual entienden ya los tribunales.

La baronesa de T... se paseaba por una de las calles de árboles de aquel recinto, cuando se halló enfrente de una niña de tres años, á la cual cogió apresuradamente, abrazándola y besándola con efusión extraordinaria.

La muchacha que cuidaba de la niña se aproximó é interpuso á la baronesa, que se disponía á llevarse á la criatura, alegando que era hija suya.

Un grupo de gente se formó en seguida; intervinieron algunos guardias, y las contendientes vieron obligadas á ir á explicarse ante el comisario de policía.

La baronesa dijo al magistrado que hacía seis meses que su hija había desaparecido con la niñera, y que todas sus pesquisas por encontrarla habían sido ineficaces, hasta que la casualidad la condujo á su presencia.

Pocos instantes después, la condesa X... fué llamada al despacho del magistrado, y una vez allí, declaró que la niña en cuestión le había sido entregada en calidad de criatura sin padres conocidos, y que siendo ella viuda, y no teniendo hijos, la había adoptado.

Pero hé aquí que la situación se complica.

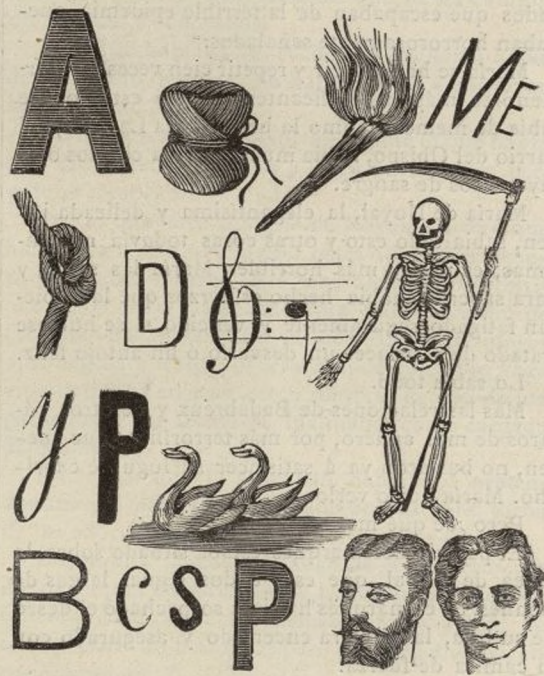
La condesa contrajo segundas nupcias poco tiempo después, y decidió dar un nombre legítimo á la niña. Los nuevos esposos la reconocieron, declarándola hija de sus amores.

Ante este caso poco frecuente, el comisario de policía no se juzgó con derecho para resolver la cuestión, y se limitó á pasar informe al tribunal correspondiente, á fin de que establezca los derechos de la madre verdadera.

SOLUCION AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Desarma á su enemigo quien le hace bien; no el que se venga de su injuria.

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

ALBUM-ALMANAQUE DE LOS PAPAS PARA 1879

Este Almanaque ha de contener, además del Santoral y otras materias interesantes, *El Mapa de todos los Papas que ha habido desde San Pedro hasta Leon XIII*, en fotografía. *El Mapa de todos los Reyes que ha tenido España desde Ataulfo hasta D. Alfonso XII*, también en fotografía. Por manera, que este Almanaque será el único en su clase, y cuyo precio en venta será 12 reales.

A todos los que nuevamente pidan los cuadros de los retratos de Su Santidad Pío IX y Leon XIII, abonando 10 rs. se les dará gratis este Almanaque, que verá la luz pública en el próximo mes de Noviembre, con la lista de todos los suscritores.

Se admiten anuncios para este Almanaque á los precios siguientes:

Una plana, 110 rs.; media, 60; cuarto de plana, 40 rs.

Las suscripciones y anuncios, á D. José Morales, calle de la Esgrima, núm. 11 pral.

CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administración el precio de 6 reales ejemplar.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que los pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fénix* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos, por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel Reñé, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

GALERIA DRAMÁTICA INFANTIL

DEDICADA

á los Colegios y Sociedades recreativas.

DEL PRESBITERO

D. JOSÉ MARÍA LEÓN Y DOMINGUEZ,

Catedrático del Seminario Conciliar de Cádiz.

José en Egipto, 6 reales.—La Pastora Inmaculada, 4 rs.—La Adoración de los Pastores, 6 rs.—La Resurrección de los Justos, 3 reales.—El Séise Mártir de Zaragoza, 4 rs.—La Reconquista de Cádiz, 8 rs.—La Adoración de los Reyes, 6 rs.—Los Mártires Patronos de Cádiz, 6 rs.—Santa Eulalia de Barcelona, La Corona de San Luis Gonzaga y Estér (un cuaderno), 8 rs.—El Ángel de Puigcerdá, 5 rs.—La Virgen de Nicomedia, 4 rs.—Constantino, 6 rs.—Covadonga, 4 rs.—Dimas, ó la huida á Egipto, 4 rs.—Justicia del Cielo, 4 rs.—Venganza de buena ley, 4 rs.—El andaluz más templado, pieza chistosa para fin de fiesta, 4 rs.—El Plan-Puding á la inglesa, La Medicina Infalible y El regalo de Filipinas, sainete, 8 rs.

Obras religiosas y morales.—Leyendas históricas y morales, dos tomos, 20 rs.—Páginas de hogar, leyendas, cuentos, fábulas y tradiciones (con grabados), 4 rs.

Todas estas obras se hallan de venta en Madrid: Olamendi, Paz, 6; Perdiguerro, San Martín, 3; viuda de Aguado, Poncejos, 8, ó dirigiéndose al autor, Cádiz, San Juan, 40.